

un debate más directo con la historiografía sobre la temática educativa; por ejemplo, con *La educación durante el periodo del federalismo*, de Jane M. Rausch y *La reforma universitaria de Nueva Granada*, de John Lane Young. Estas observaciones, por supuesto, no demeritan la calidad del trabajo.

JUAN DAVID FIGUEROA CANCINO

Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá

jdfigueroac@yahoo.com

[517]

### Jack Goody.

*Capitalismo y modernidad: el gran debate.*

Barcelona: Crítica, 2005. 241 páginas.

El antropólogo Jack Goody sustenta en su libro la novedosa tesis según la cual los procesos de modernidad, capitalismo e industrialización no tuvieron un origen estrictamente europeo, sino que algunos de sus elementos constitutivos surgieron en un pasado remoto y en contextos espaciales muy precisos de Asia o África. Al lado de este planteamiento, Goody trata de resolver un interrogante mayúsculo: ¿en qué momento se dio el avance económico de Europa occidental y de América anglófona respecto a esas regiones del mundo que contaban previamente con dichos desarrollos?

La obra está estructurada en seis capítulos en que se discuten explicaciones de orden cultural con un marcado sesgo anti-eurocentrista y tesis de autores que estudian el desarrollo capitalista desde la periferia (África, China o la India). Goody argumenta que la revolución industrial fue la que marcó la diferencia en el desarrollo económico de Europa, más que el proceso de la modernidad y sus componentes, tales como el individualismo, el racionalismo, el urbanismo, la expansión mercantil, la secularización, entre otros. Incluso, plantea que se debe asumir una nueva periodización en la historia económica que no siga estrictamente las sucesivas etapas de la Antigüedad, el feudalismo o el capitalismo, y que se detenga en el estudio del desarrollo en una perspectiva de largo alcance, en lo que el autor denomina *constelaciones centrales* o “culturas mercantiles”; esto es, regiones centrales de la China o la India que presentaron un crecimiento similar a la Europa industrializada desde el siglo XIX.

Desde los primeros capítulos, el interés radica en precisar los conceptos *capitalismo*, *modernización*, *industrialización* y su origen. A partir de estas nociones, a lo largo del libro el autor busca disentir de la supuesta superioridad de Europa occidental en el orden económico. En principio, señala que los términos con que se han elaborado los conceptos de capitalismo reducen su análisis al ámbito europeo medieval o posrenacentista; no obstante, siguiendo este orden de ideas, el autor ofrece algunos ejemplos de racionalidad, de pluralismo ideológico y de una visión desacralizada del mundo, como características presentes en sociedades tribales de África. Goody argumenta que en algunos sistemas

esclavistas, la producción estaba basada en una disciplina laboral estricta al igual que en las industrias modernas. Éste y otros ejemplos son recurrentes a lo largo del libro para enfatizar que el racionalismo o el individualismo no son apropiaciones exclusivas del mundo occidental moderno.

[518]

En la crítica de la modernización, Goody señala que ésta trata de un conjunto de procesos –si se quiere inacabados– que implican cambios menos radicales que los estudiados por la historiografía dominante, ya que el cambio en el ritmo social no puede constituir el punto nodal de la modernidad. Para ello expone que ni la secularización del mundo, ni la aparición de la familia nuclear o el individualismo y la posibilidad concomitante de la elección individual y racional puedan considerarse como los límites entre el mundo desarrollado y el premoderno. En contraste, procura ilustrar que comportamientos similares se pueden encontrar en las sociedades orientales, las cuales, tradicionalmente, han sido estudiadas con el prejuicio del despotismo inherente a ellas. Argumenta que, evidentemente, en la China, al igual que en la Roma antigua, ya existía una suerte de manufactura desarrollada a partir de la división social del trabajo.

Otro tanto ocurre al analizar el desarrollo tecnológico asociado con el origen del capitalismo. El autor discrepa de los historiadores que pretenden demostrar una ventaja europea que se remonta al descubrimiento de América, o incluso a la Edad Media, ventaja que consistió en incorporar una serie de tecnologías como el arado o la energía neumática de los molinos a la producción agrícola. Lo que arguye es que, incluso en la China, tales ventajas tecnológicas ya estaban presentes. En este punto, el autor llega a un lugar común: la transferencia de la tecnología de Oriente a Occidente. Sin embargo, Goody no enfatiza en la difusión y profundidad de los usos de estos avances en el contexto de las sociedades no europeas. En su análisis, enfoca la cultura y la economía de la Europa primitiva para sostener que el salto cualitativo no radica tanto en la originalidad europea del instrumental tecnológico como en la capacidad de adaptación de esos instrumentos por parte de Europa, cuyo origen es oriental: la brújula, la proyección de la cartografía, la imprenta y la fundición del hierro, a excepción de las armas de fuego, soporte de la supremacía militar europea. En síntesis, al éxito de la adaptación tecnológica se suman algunos desarrollos propios como el empleo de energía no humana y un contexto de relativa tranquilidad política que sirvió de plataforma al crecimiento europeo.

En el plano temático, la clave del libro es la distensión entre el análisis cultural, social y económico. Con lo anterior, la cultura se asemeja a un equivalente práctico de lo social –*conocimiento artificial* o conocimiento adquirido–. De ahí que el tema del libro se inscriba en una historia cultural de la humanidad en un sentido amplio. En este orden de ideas, Goody destaca la introducción de la variable cultural en los estudios económicos que realiza el historiador David Landes, en cuanto al análisis de la estructura familiar, el valor del trabajo y el cumplimiento de los objetivos, mas no en las conclusiones a que llega. Así, critica

en este autor un prejuicio eurocentrista que resalta un predominio intelectual y de valores europeos en contraste con una imagen de los asiáticos y africanos enmarcada en la pereza, la poca creatividad y la preferencia por el trato sexual a cambio del trabajo. En el ámbito del análisis social, Goody se opone al establecimiento de comparaciones estrechas entre Oriente y Occidente, en lo que tiene que ver con la organización social y sus consecuencias sobre la formación capitalista, moderna e industrial.

Una de las variables en la que Goody reconoce una ventaja de Europa sobre Oriente, es la dimensión medioambiental. En los capítulos finales, el libro evidencia un desarrollo urbano y comercial de las regiones centrales de Asia, especialmente de la China, que asocia también con las actividades de consumo y la formación de un tipo de burguesía o comunidades mercantiles.

Volviendo a la idea general del texto, Goody cita en los estudios asiáticos una tendencia teórica que realiza el rechazo de la idea del movimiento hacia la modernización que situó a Europa en una posición privilegiada en cuanto a ventajas políticas, económicas, militares, de gestión e ideológicas respecto a Oriente; además, retoma las fórmulas de *reorientar* dichos estudios, asumir el estudio de la modernización más allá de una estrecha visión de las lógicas occidentales. En efecto, el debate asume la observación de la constitución de la familia, las relaciones de parentesco y la individualidad, y concluye cómo el desarrollo económico de China resultó en una economía de mercado que no afectó instituciones sociales tradicionales como el hogar. Lo anterior guarda relación con el objetivo de desmitificar la idea generalizada en Occidente de ver en las instituciones sociales asiáticas y en las relaciones de parentesco una traba al control demográfico y al surgimiento de cierto individualismo.

Los rasgos fundamentales del crecimiento de las *áreas centrales* de la China consistieron en una manufactura progresiva, un alto consumo de bienes, incluso bienes culturales; la propagación de una economía monetarizada, acompañada de una relativa estabilidad política durante las dinastías Song y Luang (siglos X-XIII y XIII-XIV). Cabe destacar un impulso similar japonés en Osaka y Kyoto. Lo revelante de este análisis es que Goody afirma que el crecimiento de estas *áreas* llegó a sus límites ecológicos y no desbordó la barrera espacial y energética que la naturaleza le impuso. Cosa distinta ocurrió en Inglaterra donde el carbón y el hierro –hallazgos simultáneos– permitieron expandir su economía; aun más, el acompañamiento de un proceso expansivo colonialista le abrió un campo más amplio a los ingleses para acrecentar sus redes de mercado.

En síntesis, la obra se constituye en una contribución de carácter científico que intenta modificar los términos con que se ha planteado el debate de la modernidad –entre otros, una nueva concepción del tiempo histórico–, e introduce en la historiografía una perspectiva sobre del tema desde la cultura. No obstante la coherencia de sus argumentos, el discurso de Jack Goody parece diluirse cuando se contrasta con la realidad histórica y esto, posiblemente,

[519]

[520]

no sólo se deba al carácter secundario de las fuentes analizadas. De hecho, la importancia que el autor le otorga a la Revolución Industrial como el rasgo absoluto que diferenció los esfuerzos previos al desarrollo capitalista europeo respecto del asiático, le resta el peso específico que pueda tener el cambio social que surge en Europa antes de la industrialización con el ascenso de la burguesía. El autor gravita en una explicación en la que la industrialización se toma como el punto de partida tanto de la modernidad como del capitalismo y no como el resultado de estos avances.

GILBERTO ENRIQUE PARADA GARCÍA

Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá

geparadag@unal.edu.co

### Keith Jenkins.

*¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad.*

México: Fondo de Cultura Económica, 2006. 384 páginas.

Keith Jenkins es especialista en filosofía de la historia y profesor de teoría de la historia en University College Chichester, Gran Bretaña, en donde dirige el Centro de Estudios Posmodernos. Entre sus libros, algunos de los cuales han sido traducidos a varios idiomas, se encuentran *The Postmodern History Reader* (Londres: Routledge, 1997); *Why History?* (Londres: Routledge, 1999); *Refiguring History* (Londres: Routledge, 2002); *The Feminist History Reader* (Londres: Routledge, 2004); y *The Nature of History Reader* (coeditado con Alun Munslow, Londres: Routledge, 2004).

El libro en cuestión, *¿Por qué la historia?*, publicado por Routledge en 1999 y traducido al español en 2006, es un interesante balance sobre la naturaleza del discurso de la historia en la actualidad, y constituye una desafiante defensa de la posmodernidad en la historia, al tiempo que una lectura introductoria y estimulante a las ideas de autores que, como Jacques Derrida, Jean Baudrillard, Jean-François Lyotard, son generalmente marginados de los estudios históricos. Richard Evans, Hayden White, Frank Ankersmit, Elizabeth Deeds Ermarth y David Harlan completan la pléyade de filósofos y teóricos de la historia que toman parte en el debate contemporáneo sobre la posmodernidad, debate que parece aún incipiente en nuestro medio.

La hipótesis del libro, desarrollada en tres partes: *el fin de las metanarrativas*, *el fin de la historia y después de la historia y la ética*, consiste en que las diferentes formas de pensamiento posmoderno convergen en señalar el fin de la ética y de la historia, tanto en su construcción de metanarrativas (la historia con mayúscula, la que, como el marxismo, encuadra el pasado dentro de un esquema general de desarrollo), como en su forma académica profesional (la historia con minúscula, que estudia, con una pretensión de neutralidad, el pasado en sí mismo). Teniendo como base el supuesto de que lo que determina nuestro